

SCRIPT RJUKAN

La génesis de la novela: El mito de Sísifo

Esta novela tiene dos génesis. La primera y más profunda surge a partir de una relectura que realicé hace un par de años de “El mito de Sísifo” de Albert Camus. A lo largo de este ensayo sobre el sentido de la vida, que Camus escribió en 1942, el filósofo y escritor nos va desgranando su visión sobre cuál cabe que sea nuestro posicionamiento ante “lo absurdo” de la existencia humana, que se toma en el ensayo como punto de partida. Este sentimiento de “lo absurdo” procede del divorcio entre el hombre y el mundo, de la falta de respuestas del mundo a los interrogantes más profundos que se plantea el ser humano. Desde las primeras líneas del ensayo, Camus nos deja claro su punto de partida. Dice:

“No hay sino un problema filosófico realmente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena de ser vivida equivale a responder a la cuestión fundamental de la filosofía.”

El tono fatalista continúa durante la mayor parte del ensayo, en el que Camus va descartando las respuestas dadas por otros a las que se contemplaban como barreras insalvables en el camino hacia el sentido: la muerte inexorable y la desintegración de la esperanza en Dios y en la vida eterna. Y sin embargo Camus, en un quiebro final, salva al hombre. Y para ello utiliza la imagen del mito de Sísifo. Como es sabido, los dioses condenaron a Sísifo a empujar eternamente una roca hasta lo alto de la montaña, desde donde la piedra volvía a caer. Qué mejor alegoría de lo absurdo de los afanes humanos, condenados de antemano a la intrascendencia. Pero al hombre le queda su rebelión y su camino por hacer, en el que siempre podrá superar al destino, despreciándolo. Así, Camus dice:

“Si el descenso se hace ciertos días con dolor, puede también hacerse con gozo”.

Por tanto, depende del hombre darse un destino personal, juzgar que, a pesar de todo, todo está bien. Sísifo conoce su tormento y nosotros nuestro final. Pero Camus termina su ensayo diciendo:

“La lucha por llegar a las cumbres basta para llenar un corazón de hombre. Hay que imaginarse a Sísifo feliz.”

Teo

El protagonista de la novela recoge en un intenso debate interior, que se exterioriza a través de conversaciones con su amigo Sergio, esta lucha entre el sinsentido y la maravilla del destino humano. Teo ha llegado a la conclusión de que nuestra existencia carece de un sentido trascendente, pero a pesar de ello, quiere pensar que la mera existencia es ya una plenitud de sentido, que no necesita agarrarse a nadie ni a nada más. Pretende que esta convicción sea firme, pero las dificultades que tiene que afrontar en su propia existencia —el desamor de su mujer Katia y la posibilidad de fallar en una prueba fundamental para su futuro—, le hacen debatirse continuamente entre la esperanza y la angustia. Pero ante todo, como el Sísifo de Camus, Teo se entrega a la única dignidad del hombre: la rebelión contra su sino y la perseverancia en su lucha; determinado a enfrentarse a las cumbres que, en cualquier caso, hay

que ascender y luego volver a descender. Su mensaje es que tal vez la vida sea solo un sueño, e incluso un sueño absurdo, pero lo fundamental es que hay que vivir la vida y soñar el sueño. Y como con el Sísifo de Camus, también nos tenemos que imaginar a Teo feliz.

Un viaje a Rjukan

Decía que la novela tiene dos génesis, y la segunda se trata de un viaje que realicé a comienzos del año pasado con mi mujer y unos amigos alpinistas a Rjukan, un remoto pueblecito de Noruega. Rjukan se ha convertido en los últimos años en un enclave mítico en el mundillo de la escalada en hielo, debido a sus innumerables y bellísimas cascadas de hielo, algunas de gran dificultad técnica. Personalmente quedé prendado al instante de aquel paisaje crudo y solitario. Pero fue al volver a casa cuando de alguna manera se forjó en mi cabeza la idea de ambientar una historia, que recogiera la lucha existencial del Sísifo que somos, en aquel paraje donde habíamos pasado una maravillosa semana. Es evidente que la montaña nos provee de una de las metáforas más claras de la naturaleza de los afanes del hombre (y el propio Camus la utiliza al elegir la alegoría del mito de Sísifo): estos afanes son por un lado “absurdos”, en cuanto a vacíos de trascendencia alguna –qué más da subir o no una montaña-, y por el otro lado plenos de sentido, en cuanto a que nos proveen del terreno donde poder desplegar nuestra voluntad, de marcar una determinada impronta, que, por mucho que sea efímera, es la esencia de nuestra humanidad. Así, el ascenso a una montaña puede ser a una vez absurdo y heroico, un canto a la vida y una precipitación en la muerte, que es básicamente lo que somos los humanos. El protagonista, Teo, lo expresa de esta manera:

“En mi manera de ver las cosas, mofarnos de nuestro sino es la única forma que nos queda de trascenderlo. Por ejemplo subiendo montañas. Exponiendo incluso la vida en una acción vana; una acción irracional y bella que escapa a nuestra historia evolutiva, haciéndonos realmente soberanos de nuestro destino. Solo porque las montañas están ahí y deseamos escalarlas, no porque sea necesario para adaptarse, reproducirse, perpetuarse...”

Ego y competencia

En paralelo a estas reflexiones de carácter filosófico o existencial, la novela trata de abordar otro aspecto que siempre me ha interesado mucho, que es el de cómo compaginar los deseos tantas veces desmedidos de nuestro ego con el respeto y la comprensión hacia los otros, de una forma honrada y humana, en el mejor sentido de esta palabra. El debate se plantea a través de dos alpinistas exitosos, los líderes de la expedición al Annapurna en la que desea embarcarse Teo, que representan dos formas diametralmente opuestas de afrontar los retos de la montaña. Jorge representa el éxito a cualquier precio, el todo vale, mientras que Carlos busca en la montaña logros personales compatibles con la camaradería y la solidaridad. La diversidad de sus concepciones lleva a una fuerte tensión entre los dos. Mi impresión es que en casi todos los ámbitos de la sociedad nos hemos ido volcando cada vez más en una forma de abordar la consecución de nuestros objetivos que asume que estos están por encima de cualquier otra consideración. Lo vemos en política –donde no hay un verdadero debate de ideas, el objetivo es mantenerse o lograr el poder, y para ello el camino más efectivo es la descalificación del adversario–, en el ámbito empresarial –donde la carrera por incrementar beneficios ha llevado a apartar otras consideraciones, sociales, éticas y en algunos casos penales–, o incluso en el deporte –donde vemos estrategias de provocación, agresividad y trampas impensables en el pasado–. Y esto también ha ocurrido en el alpinismo, donde se ha

pasado de competir contra la montaña a una competición desmesurada entre alpinistas por ser el más rápido, el que más picos sube o el que lo hace en condiciones más difíciles. Y también a la montaña han llegado las polémicas, las descalificaciones y las trampas.

Perdedores y ganadores

Lo anterior enlaza con un planteamiento que nos viene, creo yo, de EE.UU., y que se está extendiendo rápidamente en algunos ámbitos. Y es el de calificar a las personas como perdedores o ganadores, como si fueran caballos de carreras. Especialmente en el ámbito profesional es cada vez más habitual tildar a alguien o algunos de *losers* o perdedores. Este calificativo es demoledor por su capacidad de simplificación y concreción; si eres un perdedor todo lo demás sobra, no importa ya la altura de los objetivos, los condicionantes de la lucha, o la mala suerte. Has perdido y estás fuera del juego. Y eso te define plenamente como persona. En la novela intentó señalar la falacia implícita en esta dicotomía perdedor-ganador. Creo que, al menos en cierta medida, debemos empezar a desmitificar el triunfo y valorar más el camino. En el relato persigo cierta reivindicación de los supuestos “perdedores”, a través del personaje de Odd Nansen, ficticio descendiente del explorador polar noruego Nansen, y a través del propio Teo.

El desamor

La historia entre Teo y Katia es la de un caso habitual de desamor en estos días, con el que todos nos hemos podido encontrar más de una vez. Un miembro de la pareja logra mayores éxitos profesionales o sociales que el otro, y entonces su pareja comienza a parecerle insuficiente: a la luz de su nueva posición en sociedad, encuentra a su antiguo compañero o compañera simple, poco brillante, poco interesante... en definitiva un “perdedor” prescindible. Y en este cambio de percepción también se esconde muchas veces una falacia, pero la dinámica de nuestros tiempos invita a buscar jardines más verdes.

La montaña

Respecto a la ambientación de la novela en el mundo de la alta montaña, creo que este mundo es un territorio literario muy interesante, en el que las metáforas relativas a nuestros empeños, nuestros fracasos y nuestros triunfos son de una enorme inmediatez y claridad. Y esto es debido a que la montaña siempre nos empuja hasta nuestros límites, y a que se mueve con frecuencia cerca del drama, lo que hace que las experiencias suelen ser muy intensas. Es un terreno donde se nos exige el máximo de nuestra imaginación y de nuestra fortaleza, pero que te premia también con un profundo sentimiento de realización personal. Y como dice Carlos:

“Y esto no por las cumbres alcanzadas o los éxitos obtenidos. El verdadero éxito es haber afrontado grandes dificultades, físicas y mentales, con honestidad y coraje, y haber vuelto de esa batalla enriquecido para seguir compartiendo este mundo de una forma más plena”.